

D. SEBASTIÁN MARINER (†)

Con la muerte prematura de un gran catalán, D. Sebastián Mariner, pierde España a uno de sus más destacados filólogos clásicos. Hombre de una pieza, no fue nunca Mariner un sabio caprichoso ni de gustos cambiantes con la moda. Lejos de él zigzagueos, vacilaciones o renuncios; su carrera científica, acorde con su personalidad berroqueña, siguió siempre una trayectoria recta, nítida, tersa. En su estudio primerizo sobre las inscripciones hispanas en verso se hallan ya sorprendentemente maduras las líneas de investigación que cultivó después de manera predilecta, descollando en las tres con verdadera excelencia: la epigrafía, la lingüística y la métrica. Fiel hasta el fin a los amores de siempre, siguió Mariner recogiendo y estudiando con celo exquisito la poesía latina esculpida en piedra, por ínfima que fuese su calidad o dificultosa su interpretación; y unas veces era una intrincada inscripción mozárabe el objeto de su interés apasionado, otras, colgado de un andamio rudimentario sobre la gruta de Fortuna, descubría jubiloso un eco virgiliano en las palabras que iban apareciendo sobre la rugosa superficie de la roca y que, a siete metros del suelo, se ajustaban todas para su gran gozo al ritmo dactílico. A Mariner, en cuestiones epigráficas, lo atraía todo, incluso lo más prosaico o lo en apariencia nimio: ¡qué alegría descubrir que en la *P.* de su *Barcino* se ocultaba *Paterna*, y no *Pia*! Pero tampoco le faltaron empeños de altos vuelos; la estupenda colección de inscripciones de Barcelona, elaborada calladamente, sin alharacas, constituye todavía hoy un ejemplo a imitar y supera a todas las monografías parciales del género aparecidas desde entonces. No en balde, desde una triste y serena perspectiva, se puede proclamar ya que Mariner ha sido nuestro primer epigrafista en lo que va de siglo.

El deterioro del sistema fonético se aprecia con singular claridad en las inscripciones métricas. No es un azar, pues, que la curiosidad de Mariner quedase muy pronto prendida en los complejos problemas del vocalismo latino, si bien nadie podía esperar que este hombre tan conservador en política nos saliera subversivo en lo científico y que, para

gran escándalo de muchos latinistas de entonces —nuestros helenistas, a la par que más ambición y pretensiones, tenían a la sazón mayor amplitud de miras— hiciera pública profesión de fe estructuralista. Todo comenzó por aplicar la doctrina de Trubetzkoy a la discusión de sus queridas paradojas; con el paso de los años y ya con la aquiescencia de todos publicó el primero (y único) tratado de fonemática latina que haya visto la luz en nuestra patria. Pero la audacia de Mariner fue cada día a más, así que, caminando por lugares nunca hollados, extendió los nuevos métodos al terreno de la sintaxis y en un artículo capital redujo a estupefacto trío los modos latinos, sin que lo arredrase tirar por la borda venerabilísimos conceptos y antiguallas. La cautela del sabio al tratar de inscripciones se transforma ahora en dureza, quizá excesiva; mas este rigor implacable proviene no ya de conjeturas, sino de un acurado análisis lógico, y la fuerza de los razonamientos, carentes de piedad, conduce a unas conclusiones determinadas que hay que asumir mal que nos pese a todos, a Mariner el primero. Sus triunfantes correrías lingüísticas se fueron ampliando, como era de esperar, al latín vulgar y a las lenguas romances y hasta prerromanas, siempre en busca de nuevas sendas y de nuevas soluciones. En verdad, a Mariner le cabe la gloria de haber roturado para nuestra ciencia tierras antes vírgenes.

Y la métrica. Mariner poseía un don muy especial para la música, que sentía y hacía sentir con contagioso entusiasmo, dentro y fuera de su casa. No es pequeño el número de estudios métricos y prosódicos que salieron de su pluma, pero saben a poco; tal es su finura.

Acompañó a Mariner, grandísimo maestro universitario, una memoria prodigiosa y una no vulgar oratoria, que llegó a veces a empañar su prosa en castellano, lengua para él aprendida. Fue hombre de bien, tolerante en lo concreto y extremo en lo abstracto, inasequible al desaliento por lo inquebrantable de su fe y, aunque sanguíneo, de trato afable y llano, a la postre más exigente consigo mismo que con los demás. Su sentido del deber, proverbial, rayó en lo extraordinario. Contra pronóstico, no le fue otorgado ningún galardón en vida. Dio más que recibió, como verdadero sabio. Descanse en paz.

JUAN GIL